

encontramos a intérpretes filosóficos, como Zubiri, Berti y Reale, sino también a importantes traductores de Aristóteles, como García Yebra o Moerbeke.

El segundo capítulo continúa en cierto sentido la deducción trascendental de la categoría de substancia. El λογικῶς σκοπεῖν consiste en determinar conceptualmente la categoría de substancia. Por tanto, la investigación lógica constituye la deducción del contenido eidético de la categoría de substancia, es decir, lo que del sujeto se predica *en cuanto tal* y, por tanto, *necesariamente*. En este sentido, la defensa de la posibilidad de una lógica modal que atienda no sólo a la necesidad *de dicto*, sino también a la necesidad *de re*, que el autor realiza en este capítulo, constituye una sólida fundamentación de la exposición contra los ataques de Quine.

Cierra el capítulo una discusión en torno a la posibilidad de una esencia entendida como universal y de su relación con el individuo. Como señalábamos antes, uno de los principales méritos de esta obra es su capacidad de abordar detalladamente las cuestiones menores derivadas de los problemas principales. Así pues, a las cuestiones de lógica modal se añaden diversas cuestiones relativas al conocimiento racional de la materia y de su relación con el individuo. El autor demuestra sin duda una gran libertad de pensamiento en estos desarrollos, pues sus conclusiones plantean una íntegra revisión de algunas doctrinas «consagradas» en la lectura de Aristóteles, como la identificación de la ousía con el sínolon de materia y forma.

La obra se concluye con un tercer capítulo, dedicado a la investigación física de la substancia, o sea, a la búsqueda de aquello que en la realidad corresponde a la categoría de substancia. Llegado a este punto, el autor se embarca en numerosas problemáticas de carácter ontológico como el establecimiento del estatuto ontológico de la materia en sus distintos grados de determinación, la relación entre materia y forma, la identificación del referente de nuestras predicaciones, las características de la forma entendida como acto, etc.; cuestiones que el autor afronta con gran lucidez navegando

por los textos de Aristóteles, Quine y Quinton, con los que demuestra gran familiaridad.

Por todo lo expuesto, no cabe duda de que nos encontramos ante una contribución de capital importancia para la metafísica, cuya vigencia intemporal queda demostrada poniendo en diálogo autores clásicos y contemporáneos. Así pues, la obra conjuga especulación e historia de la filosofía. Bajo sus análisis de las propuestas más recientes de la filosofía contemporánea, la problemática inaugurada con Aristóteles adquiere plena actualidad. Desde el punto de vista teórico, la obra es un testimonio de una viva actividad intelectual capaz no sólo de plantear adecuadamente los problemas y ofrecer una respuesta sólidamente argumentada, sino también de abrir a su vez nuevas cuestiones a partir de sus propias conclusiones, como la explicación de la eficacia de nuestro conocimiento mediante formas universales, elaboradas procesualmente, para la comprensión de formas individuales, que se dan a procesualmente, o la exposición sistemática de una lectura de la obra Aristotélica que presente la *Metafísica* y el *Órganon* como dos aspectos de la misma ciencia, como dos volúmenes de una misma obra. En consecuencia, pienso que se debe reconocer al autor el mérito de haberse mantenido fiel al ideal que lo ha guiado en la redacción de su obra, a saber, que «la investigación sobre un autor alejado de nosotros en el tiempo no siempre es filología o arqueología. [...] ¿Por qué no escuchar las razones de los que nos han precedido en las búsquedas de respuestas, al menos con la misma atención con que oímos a nuestros contemporáneos?» (p. 245). – ALFONSO ZÚNICA GARCÍA (alfonsozunica@gmail.com)

JUSTO, E. J., *Después de la modernidad. La cultura posmoderna en perspectiva teológica*. Sal Terrae, Santander, 2020, 240 págs.

Probablemente no hay tema filosófico que más haya marcado el devenir de la filosofía contemporánea que el de la muerte de Dios. Desde Hegel y su modo de rendir cuentas a ese Dios ilustrado, a ese Dios del

mecanicismo que queda fuera del mundo, que resulta expropiado como tema a la razón, hasta Nietzsche y su proclamación solemne (junto a la aceptación de la culpa: *nosotros lo hemos matado*), sólo ha pasado tiempo y experiencia. La experiencia filosófica del vacío que queda cuando la razón se autonomiza y se independiza, se sabe creadora y voluptuosamente productora y en el lugar del Absoluto hace aparecer lo relativo absolutizado, ocupando su lugar, sublimando su influencia. Pero también la experiencia filosófica de la falta de sentido, del absurdo y de todo un modo ateleológico que reconduce el mundo a su nulidad fundante, y al hombre a su nuda realidad y crudo destino. Si la teología no se toma en serio este desafío del nihilismo terminará por no ponerse en serio ante la cuestión de Dios. Esta es la tesis capital de este nuevo libro con el que vuelve a sorprender a la comunidad académica el profesor de teología dogmática de la Universidad Pontificia de Salamanca, Emilio J. Justo.

Con una finura argumental impecable y con una amplitud temática tan desbordante como sugerente, *Después de la modernidad* pone negro sobre blanco los desafíos actuales de la teología profundamente imbricados con los retos contemporáneos del pensar. Aquella tesis que recorre todo el libro y que con valentía y belleza sirve para culminar la obra, se completa con el argumento que el creyente, desde la experiencia personal de Dios, la comunidad, desde la experiencia compartida, y la teología, desde la experiencia pensada, debe asumir: «quizá el Dios vivo no es el mismo cuya defunción se constata en el nihilismo» (p. 213). Porque el nihilismo es la atmósfera de esta posmodernidad que queda ahora. Nuestro ahora que es el que viene después de la modernidad. Una modernidad que ha tenido como tarea genuina la resituación de Dios, al que primero desprecia en su realidad para después convertirlo en indispensable para su sistema. Aquel Dios que puso en marcha el mundo y que lo sostuvo en su fundamento como principio, no tiene cabida en la vida del hombre *post*. El Dios de la modernidad, desplazado de la verdad de la experiencia humana, sirvió para validar la verdad del

modelo de mundo que estaba científicamente construyéndose. El progreso tomó el relevo de la providencia con toda la (sobre) carga de inmanencia que arrinconó lo trascendente al desván de la irracionalidad del sentimiento, o a la privacidad de una fe que no puede tener más pretensiones que las puramente individuales en un proceso imparable de secularización (pp. 156 ss). Sin embargo —cree Justo— aquí, en la posmodernidad a la que este Dios de la modernidad le es irrelevante, surge con más fuerza la necesidad de pensar el Dios vivo, el Dios del misterio, el Dios trinidad, el Dios amor, el Dios personal (pp. 202-212).

Para que la teología pueda proponer la pretensión de verdad de la fe y ofrecer la propuesta de salvación de este Dios vivo y personal, debe hacerse cargo, primero, de esta realidad en la que se desenvuelve nuestro tiempo y que configura la cultura en la que estamos. La teología debe ponerse en serio a pensar. Y pensar en el sentido que lo ha querido hacer la mejor tradición continental del filosofar contemporáneo: dejando que la vida, la experiencia real y concreta, los contextos y problemas acuciantes, se conviertan en contenido del pensar sobre el que no podemos tomar ni distancia epistemológica (porque no podemos objetualizarlos (p. 11) como si pudiéramos ponerlos a distancia en la medida en que forman parte de nuestro ser *ya siempre*) ni alejamiento real, porque están constantemente pidiendo un planteamiento y suscitándonos preguntas, cuestionando nuestra fe e interpellando nuestras vidas como creyentes.

En la posmodernidad no hay voces, sueñan ecos; no hay modelos que seguir sino símbolos de una ausencia que, en todo caso, rememorar; no hay grandes construcciones que sirvan de refugio sino solares en barbecho que albergan las ruinas de lo que fue. Hecha añicos toda identidad, sustituida la verdad por la pluralidad de discursos, retomada la idea de lo social desde el individualismo que lo sustenta... ¿qué lugar tiene entonces Dios? Y, por añadidura, ¿qué papel tiene hoy la religión cuando sus postulados, fundamentalmente los propios de las religiones monoteístas, quedan radicalmente puestos en entredicho desde estas señas de

identidad? Es aquí donde el profesor Emilio Justo propone los aspectos fundantes que orientan su investigación: toda la crisis de la modernidad refleja el poder absorbente del nihilismo consistente en sacar las consecuencias de un tiempo que debe vivir el *eclipse de Dios* una vez que se ha certificado su muerte. De modo que, no es que la teología solo tenga que pensar el momento actual (por coherencia con su tarea constante de hacerse cargo de la actualidad y por fidelidad al mensaje que debe ser encarnado en cada hoy), sino que la tesis capital que sustenta este tiempo en el que vivimos es precisamente la que reta al quehacer total de la reflexión teológica, a su misma posibilidad. Es evidente, pues, que el nihilismo asume, por principio, lo que queda cuando se piensa y se vive coherentemente *etsi Deus non daretur*. Pues bien, esa apariencia del mundo sin el auxilio de lo divino, esa experiencia del abandono de Dios, no debe ser extraña a la teología. Esta es la clave.

*Después de la modernidad* propone, entonces, una teología que se haga permeable a las experiencias reales del pensar que no pueden ser obviadas y que tienen que ver con las mismas experiencias del nihilismo, experiencias personales que ponen sobre el tapete de la reflexión el dolor, el sinsentido y el fracaso. Ante ellas, «hay un silencio de Dios que es terrible y sobrecogedor» (p. 200), un silencio que la teología no debe dejar en sordina y que más bien es motivo para la humildad de su quehacer y para afirmarse en lo inacabado siempre de su tarea. ¿Cómo, si no, podría hacerse cargo de lo infinito esta finitud que se hace patente en la ciencia (y evidentemente también en la teología) como tarea en manos del hombre? «La imposible teología —sostiene Emilio Justo— se impone como una necesidad» (p. 198). Y es que hay experiencias humanas que, poniendo en un brete constante la presencia de un Dios salvador, se convierten en revulsivo para un pensar que asume como contenido a un Dios que no obvia el dolor y el límite existencial, sino que le da sentido pleno. El Dios que tiene enfrente el nihilismo, advierte el autor, no es el de la revelación, el de la libertad, el de la realización en plenitud de lo humano, el de la encarnación

en el sufrimiento, el de la redención, el que hace morir a la muerte... Desde esta convicción, el profesor Justo va desgranando algunas de las cuestiones que intelectual y culturalmente ponen más en entredicho la legitimidad actual del quehacer teológico para descubrir, en esta línea de reflexión, no sólo amenazas reales sino auténticas oportunidades.

*Después de la modernidad* propone además un talante teológico renovador consistente en reflexionar, en pensar, en discernir, pero *no en juzgar* la situación actual (p. 12). Una situación que, en su propia definición como posmoderna, adolece de entidad por estar referida a la anterior, a la modernidad. La posmodernidad nos habla ya del vacío dejado por los grandes relatos omniexplicativos, del fin de los grandes proyectos, de la disolución de todo lo sólido y de la amenaza de derribo de todo pilar fundante. Es típicamente posmoderna y, a mi modo de ver posthegeliana, la idea de la quiebra de lo unitario en lo plural. En la base de esta observación —Justo lo ve perfectamente (p. 124)— existe la renuencia a toda unidad cuya exposición se torna en imposición violenta, como vieron los miembros de la Escuela de Frankfurt. La violencia del concepto que elimina la posibilidad de asumir el sufrimiento de la víctima (que es siempre y solo individual, concreto, particular y nunca se deja decir por la universalidad de lo conceptual) pone la base de una posmodernidad exhausta de teoría y renuente a toda unidad. El pluralismo es garantía de tolerancia (no olvidemos que nuestro ordenamiento jurídico lo consagra como valor supremo) y principio democrático por excelencia. Pero, Emilio Justo advierte y recuerda lo que ya puso de manifiesto la primera filosofía (p. 129): la pluralidad, con el disfraz del reconocimiento de las otras veces, puede degenerar en la lucha por el poder del más fuerte, en la opción irracional sin argumentación fundante.

Sobresale la capacidad de Emilio Justo para descubrir algunas de las contradicciones del humus posmoderno. Especialmente bella es la observación de cómo la libertad absoluta, la voluntad insurrecta o la potencia creadora del hombre posmoderno

intentan vincularse con un naturalismo de corte neurobiológico que reconduce toda decisión a un determinismo que, curiosamente, no deja lugar a libertad alguna (p. 42; pp. 92 ss). Es de destacar la completa y profunda reflexión sobre las cuestiones relativas a la persona y a la libertad. Hay que decir que el autor es, a este respecto, un especialista reconocido teológicamente con trabajos como *Libertad Liberadora, La libertad de Jesús* o *La libertad*. En *Después de la modernidad* se encuentran también algunos problemas de *rabiosa* actualidad intelectual, por ejemplo, la relativa a la inquietante cuestión del transhumanismo (pp. 64-76) a la que el autor le ha seguido la pista muy de cerca hasta en publicaciones muy recientes en las que Emilio Justo contrasta los postulados de la mejora humana y su idea de inmortalidad con la eternidad y resurrección cristianas que implican, necesariamente, la finitud y la mortalidad. En *Después de la modernidad* se dan cita otras cuestiones inquietantes para el pensar como las perspectivas contemporáneas de los trabajos prefijados con «neuro-» (p. 48) que tienen como tarea el hallazgo de la trazabilidad de los acontecimientos personales en una manía constante por reducir lo humano a los procesos naturales que terminan anulando su dimensión espiritual y también su constitución corporal (p. 51). ¿No es esta una nueva edición de la crisis de las ciencias de las que hablaba Husserl en los años 30 del siglo pasado consistente en esclerotizar la razón, fetichizar los hechos y anular, entonces, lo que al hombre verdaderamente le importa, esto es, el sentido de su existencia? La antropología, también la teológica, debe ponerse del lado más bien de un naturalismo moderado (p. 58) que, sin renunciar a los datos de la ciencia siempre ávida de buscar la verdad, tenga en cuenta otras dimensiones de lo humano a las que abrirse y que, evidentemente, reclaman un trabajo desde una racionalidad más amplia (p. 77).

Todas estas cuestiones intelectualmente provocadoras para el pensar teológico, más todas las consiguientes secuelas socio-políticas que quedan en relación a la configuración de la religión en la esfera pública (laicidad, pluralismo religioso,

democracia...) resultan expuestas en este trabajo que tiene la firme intención de sugerir nuevos caminos para los grandes retos de nuestro tiempo. Por eso muchas cuestiones se presentan como puntos de partida que dejan multitud de cuestiones abiertas que la teología no podrá por menos de abordar. Pero también, *Después de la modernidad* explicita la profunda convicción del inestimable apoyo que la reflexión filosófica sigue teniendo para la propuesta temática, el abordaje metodológico y el planteamiento racional que permita a la teología fortalecer su estatuto de científicidad. – JOSÉ MANUEL CHILLÓN (josechillon@yahoo.es)

GONZÁLEZ, A. M., *Descubrir el nombre: Subjetividad, Identidad, Socialidad*. Editorial Comares, Serie Filosofía Hoy. (Universidad de Navarra: Instituto Cultura y Sociedad). Granada, 2021, XIV+309 págs.

El debate sobre la identidad ha tomado una importancia grandísima en el pensamiento contemporáneo; criticando el pensamiento moderno de sujeto, el pensamiento contemporáneo buscando entender la complejidad y la riqueza de esta realidad. El lenguaje humano por sus límites, tal vez no ha sido y no será capaz de decir quién es exactamente el ser humano. En este libro (*Descubrir el nombre: Subjetividad, Identidad, Socialidad*) la autora intenta demostrar los límites del lenguaje identitario al momento de presentar la subjetividad humana o en el momento de hacer la diferencia entre lo humano y lo no humano. La subjetividad humana es una subjetividad compleja, irreductible, condicionada, descentrada y lingüística.

Primero se intenta aclarar los términos recogidos en el título que forma el contenido de la obra. El objetivo general es aclarar la naturaleza de las relaciones que hay entre los tres términos, reflexionando para encontrar el significado del ser humano y poder diferenciarlo con lo no humano.

En el siglo XXI el problema de la identidad está tomando mucha importancia, podemos citar las polémicas sobre la identidad de género, la identidad religiosa, la identidad nacional, etc. Cada individuo quiere saber hoy su verdadera identidad, de